

Programa de Lengua y Cultura de los Pueblos Originarios Ancestrales

Pueblo Diaguita

Orientaciones para el educador tradicional y/o docente

Lecturas sugeridas

En el desarrollo de la unidad, se proponen relatos que invitan a que los estudiantes relacionen lo escuchado con sus propias experiencias o con las de sus padres o abuelos. En estos relatos, el significado de la siembra y cosecha, así como de situaciones y quehaceres familiares juegan un rol central; entre ellos, la elaboración de alimentos y mates o agüita de hierbas medicinales generalmente está asociada a recuerdos placenteros, de protección, afecto e interacciones familiares. A través de la escucha o lectura de estos relatos se pretende que los estudiantes identifiquen las costumbres, creencias, principios y valores que el pueblo diaguita practica y resguarda.

RINKÁ, WIL-LLAY Y LA LUNA

(María Ester Campillay)

Rinká era nieta de **Wil-llay**, **Wil-llay** era un hombre alto, moreno de dedos largos y talentosos. Él tenía jarros donde guardaba las semillas, **Rinká** pensaba que eran mágicas, ya que las pusieron en la tierra y al darles agua creció un brote, luego hojitas y se convirtieron en tallos fuertes con muchas hojas

A **Rinká** le gustaba internarse en ellas, se transformó en su mundo misterioso y oculto, donde había descubierto las filas que hacían unos bichitos que iban muy rápido, que caminaban en orden y sin cesar, también había descubierto, caminos brillantes, que dejaban unos sin patitas que andaban con su casa en la espalda y otros que se hacían bolitas cuando ella los tocaba.

Un día estaba allí y vio en la planta, como si muchos ojos la miraban, entonces fue a buscar a su abuelo... él sonrió y le dijo.. son las flores de las habas **Rinká**... pronto vendrá el fruto.

Unos días más tarde, la niña vio que las flores caían, formando en el suelo una alfombra blanca que pronto se confundió con la tierra. Como dijo el abuelo, vinieron los frutos, que cada día crecían más.

Una noche de Luna luminosa, al compartir la comida alrededor del fuego su abuelo dijo al grupo:

-mañana sacaremos los frutos de las plantas de habas, separaremos lo que nos comeremos y lo que guardaremos como semilla, dejaremos a un lado los tallos y hojas y moveremos la tierra.



A **Rinká** se le apretó el pecho, ¡su mundo mágico!!: ¡no, abuelo!, ¡no! -Y se puso muy triste.

Willlay la tomó de la mano, muy cariñosamente la llevó lejos del calor del fuego y bajo las estrellas le dijo:

-¡**Rinká**,... Las plantitas ya cumplieron sus lunas.. nos dieron los alimentos para nuestro grupo, ahora lo que quedó debe ser sacado y volverá a ser parte de la tierra, Todo debe tener un orden de vida¡¡-... Mira las estrellas, tu mami está en una de ellas, luego me iré yo y luego tú también irás y quedará tu semilla en la tierra y todos las cuidaremos de lo alto.

Al día siguiente **Rinká** entró en lo que quedaba de su mundo misterioso, miró los caminos de sus amigos bichitos y les prometió lo que su abuelo le enseñó a ella, que se volverían a encontrar, que vendría otra luna de siembra y asomaría el comienzo de un brote, una hojita, una flor un fruto y muchas, muchas Lunas.

MADRES DE ANTAÑO

(Benito Aguirre)

En invierno después de las lluvias, bajábamos al río a recoger callampas comestibles, las que preparaba mi madre en una olla de greda con cebolla, que le daban un sabor exquisito y que nunca podré olvidar. Buscamos entre los arbustos y llenamos con hongos una canasta que mi madre había tejido con ramillas de sauce.

De regreso, en el camino recogió muchas hierbas: paico, poleo, menta, romero, paico, ñipa, etc. Estas hierbas las iba atesorando en bolsitas de género en un rincón del rancho, donde tenía su especie de farmacia. Cuando cogía una hierba, me indicaba su uso: “Estás son para usarlas en invierno, sobre todo en las noches, que es cuando las enfermedades aparecen, todavía me falta hacer los jarabes para la tos, de palto o de eucalipto con miel, ese es el remedio que me enseñó tu abuela”.

Me comentaba, mientras caminábamos.

Las madres campesinas de antaño eran mujeres previsoras, de grandes esfuerzos y sacrificios, llenas de un amor inimaginable por su familia, valientes y sufridas, respetuosas y amantes de la naturaleza, de la cual sacaban las materias primas para dar el bienestar a sus hijos y esposos, las madres de antaño criaban y formaban personas de respeto y llenas de valores para que fueran la base de las actuales generaciones.

Así era mi madre, la recuerdo con todo mi cariño, agradecido por todo el conocimiento y el amor que me dio.



EN LA COCINA

(Benito Aguirre)

Mi madre siempre amasaba y a veces cuando no había pan, hacía tortillas de rescoldo, y cuando no tenía harina cruda, sacaba trigo de un saco **gangocho**, lo aventaba y se hincaba al lado de la **chancuana** y con el vaivén de la piedra de mano, molía los granos para hacer la harina y no nos faltara el pan, también en la piedra molía la **chuchoca**.

Un día que salí temprano de la escuelita, encontré a mi madre al lado del fuego con una **callana**, tostando trigo para hacer **ancua** y molerla para hacer harina tostada para el **cocho**.

Una vez, me sorprendió con la maestría que trabajaba con la pesada piedra, recuerdo que molió choclo fresco para hacer humas y trigo verde para deleitarnos con un rico pastel de trigo tierno.



LOS LATIDOS DE NUESTRAS CAJAS (María Ester Campillay)

Las frágiles hojas de matico se caían por el camino, las manitos de Gomca no podían sostenerlas, eran esas hojas que por un lado tenían el color verde fuerte parecido a muchas hojas de las distintas plantas, pero por el otro lado, su color verde es más claro y aterciopelado, sabía que eran preciadas, había visto cómo la Machicúa las ponía en el mortero y se las apretaba con la piedra manilla, así salía un zumo que ponía sobre las heridas y luego las cubría con sus hojas, eso pasó cuando su brazo sangró por una vara que se hundió en su piel al jugar entre los arbustos.

Su padre Alejma había vuelto del mar con un corte en su pie que una roca con filo le había producido. Muchas veces los hermanos de su aldea se hacían daño en las actividades que realizaban.

Gomca quería que su padre mejorara pronto, a ella le encantaba verlo bailar y saltar alrededor del fuego, al compás del sonido de los vientos que salía de los flautones y de las cajas que marcaban el ritmo del corazón que algunos podían tocar.

Fue su padre quien le enseñó que dentro de nuestro pecho llevamos un compás, que cuando se nace, y se va creciendo, este ritmo, es de atención, vigilante, de apresuras y miedos. Luego, cuando se comienza a crecer, este ritmo se aquieta, se calma y al llegar los tiempos de gente sabia, cuando ya se aprestan a tomar su sitio en las estrellas esta caja deja de marcar el ritmo de la vida, se detiene, muchas veces pasa que, cuando las furias de animales, del mar, las alturas de los fríos y enfermedades que sufre alguien, aún a pequeñitos, pasa que este ritmo se aleja, y llega el frío a ese ser y hay que guardar sus cuerpos. Por eso que quería que el Matico mejorara a su padre muy pronto y ponerle muchas hojitas en el pie, Su papá había visto sus miedos y le dijo:

-Gomca..., no temas, mañana estaré mejor, al despedir al tata Inti, ya podré estar en la quema de la aldea y te reirás con todos, nuestras cajas tomarán la fuerza del tambor, todos palpitantes de contento y esperanza.

-Hija, las hierbas con sus distintos amargos, sus distintos olores, sirven para nuestras distintas dolencias, ellas, todas las plantas y hierbas nos dan fuerza y salud, muchas embellecen nuestro mirar, y casi todas sirven para el alimento de nuestros animales.

Debemos cuidar de unos y otros sabiendo con tranquilidad que de todas las cosas tristes que nos pasen, pueden ser pasajeras, podemos salir triunfantes, así como existen hierbas malas, que nos enferman, existen las que nos curan, es parte de la oposición como la noche y el día, luz y oscuridad. Nuestra caja debe marcar el ritmo por muchos inviernos y soles, crecer y aprender tantas cosas, debemos dar frutos que permanezcan para que los seres puedan seguir existiendo.



Aguilera (2019) refiere a las guardadoras de semillas, que se convierten en protectoras de la vida, ya que clasifican y comparten esas semillas que darán frutos necesarios para las personas. Esta tarea la realizan desde una mirada de respeto y cuidado de la naturaleza, así como de la conservación del patrimonio cultural, es decir, de la propia historia.

LAS SEMILLAS MADRES, RIQUEZA CULTURAL Y CIENTÍFICA DE LOS PUEBLOS ANCESTRALES
Las semillas son patrimonio de los pueblos al servicio de la humanidad.

(Iván Aguilera)



Las curadoras de semillas tienen la importante misión de cultivar el arte de conservar las semillas de los pueblos, defensoras del territorio, las aguas y las semillas ancestrales. La tradición de las guardadoras de las semillas se transmite de generación en generación en las familias. Ellas recogen las semillas después de la cosecha anual, y las guardan y ordenan de manera muy cuidadosa en un lugar muy importante y seguro de su casa. Una vez que se acercan los periodos de siembra, las van sacando para que la tierra y el agua germinen las semillas, y sí asegurar la alimentación básica de la familia y su comunidad.



Se incluye también el siguiente relato para la actividad que aborda el principio del Buen vivir:

UNA SEMANA DESPUÉS DEL TEMPORAL

(Benito Aguirre)

Recuerdo que cuando yo era niño hubo un temporal que duró cuatro días.

Una semana después, al oscurecer, sentados al lado del fogón mi padre me dijo:

¡Marianito, acuéstese temprano, mañana nos levantaremos de madrugada, hace una semana que llovió, y ya tienen que haber **chawares**, así es que subiremos al cerro!

Al otro día mi mamá se levantó de madrugada, cuando cantan las diucas decían ellos, encendió el fuego con unas chamizas que había y puso la olla y la tetera.

Al rato, nos sirvió un caldillo de papas con **charqui**.

Mi papá metió en un saco una **llauca** larga para usarla como **chope** y sacar los tallos.

Cuando el sol estaba rayando, comenzamos a subir, las diucas y tencas cantaban en las higueras del bajo, las codornices y perdices en las quebradas, y las tórtolas pasaban raudas sobre nuestras cabezas buscando el lugar más boscoso del río.

A medio cerro nos sentamos a descansar en unas rocas; una bandada de bulliciosos tricahues surcaban el valle, una turca cantaba en un paredón del cerro del frente, y en el centro de la quebrada, una chilla se movía sigilosa cerca de un charco buscando una presa, abajo en el plano cerca del río se veía nuestro ganado pastando.

¿Oiga papá, por qué le compró a Don Alonso, tantas cosas viejas, si usted tenía de lo mismo y están mejores? ¡Los canastos estaban apolillados, los hachones de totora resecos, la **payla** de cobre rota y un alambique! ¿Para qué?

¡Lo que pasa hijo es que a mi compadrito se le trabaron la mitad de los animales con el temporal que pasó, murieron grandes y chicos, le bajó la producción de queso y, como todos, tiene deudas, una hija estudiando y tiene que parar la olla!

¡Pero no costaba nada decirle que le regalabas toda esa plata y ya!

¡No es tan sencillo, mi cumpita es muy orgulloso y no me lo habría recibido, lo habría tomado como una ofensa!

¡O sea que usted le compró las cosas, solamente para ayudarlo sin que él se diera cuenta!

¡Así es hijo, no había otra manera... sé que, si hubiese sido al revés, él habría buscado la manera de ayudarme sin que yo me diera cuenta, pero no te olvides que esto es un secreto!

¡Sí papá lo entiendo!

Seguimos caminando cerro arriba, yo me sentía contento, me sentía feliz siguiendo los pasos de mi padre, lo veía como un gigante, bueno y generoso con sus amigos.

